

Hayley Gelfuso

El
LIBRO
de las
HORAS
PERDIDAS

Traducción de:
MILO J. KRMPOTIĆ



MAEVA



1

Núremberg, Alemania, 1938

EN LA CIUDAD de Núremberg, en 1938, un hombre le explicaba un cuento a su hija antes de dormir. El hombre era relojero, hijo de un largo linaje de relojeros que vivían en el barrio judío de la ciudad. Llevaba la cuenta de las horas, tal y como sus antecesores habían hecho a lo largo de dos siglos.

—Es hora de acostarse, Lisavet. Ya basta de cuentos por esta noche —dijo el hombre cuando su hija le pidió por tercera vez que le contara otra historia.

Al otro lado de la ventana, las calles llevaban mucho rato a oscuras, enfriadas por el viento de noviembre. El relojero tenía la cabeza puesta en el trabajo que tenía que terminar en la tienda, situada en el piso inferior; y, más concretamente, en la carta que le habían entregado esa mañana y que descansaba sobre su escritorio.

—No estoy cansada. —Lisavet hizo un puchero—. Quiero estar despierta hasta que Klaus vuelva a casa.

—Tu hermano llegará tarde —la regañó.

La sonrisa que lucía en el rostro desbarató ese esfuerzo por disciplinar a la niña. Le pasó una mano por el pelo, consciente de que ella acabaría ganándole por desgaste. Con ese cabello dorado y esos ojos de color caramelo, su hija era la viva imagen de su difunta esposa.

En vida, su mujer solía bromear diciendo que se habían duplicado en dos versiones en miniatura, él con su hijo y ella con

su hija. Eso era cierto en un sentido físico, pero Ezekiel Levy y Klaus, su hijo, no podrían haber sido más diferentes. Klaus era como su madre, se sentía atraído por la alta sociedad y soñaba con estudiar en una escuela de la capital. Era Lisavet la que más se parecía a Ezekiel. A menudo se la podía encontrar sentada en un taburete a su lado, en el taller, observándolo manipular los engranajes y los muelles de viejos relojes rotos hasta que, de repente, estos recobraban la vida con una sacudida. Era ella quien daba cuerda a los relojes de la parte delantera de la tienda cada mañana y contemplaba, con callada reverencia, la manera en que esas obras de arte hechas de madera y metal entonaban la melodía del Tiempo. Y era ella quien algún día heredaría la tienda y los secretos familiares que la acompañaban.

—Vuelve a contarme lo del reloj mágico —le pidió Lisavet, sujetándolo con fuerza de la muñeca en el momento en el que él intentaba ponerse en pie.

Con once años, Lisavet se estaba haciendo demasiado mayor para los cuentos de antes de dormir, y el relojero era consciente de que no tardaría mucho en dejar de pedirle que se los contara. Se acomodó al borde de la cama.

—Había una vez en Alemania un relojero llamado Ezekiel que vivía con sus dos hijos en su feliz domicilio familiar, encima de la tienda que había pertenecido a su familia desde hacía varias generaciones —comenzó a hablar con una voz grave, que crepitaba como las llamas del hogar—. La familia tenía fama mundial por los magníficos relojes que vendían en la tienda, hechos con los mejores materiales. Oro, piedras preciosas y madera tallada que relucían bajo la luz de las velas con las que trabajaban. Grandes relojes de pie, pequeños relojes de mesa y todas las opciones intermedias. Pero, entre todas esas obras de arte, se encontraba el reloj más precioso de todos. Era un sencillo reloj de bolsillo, hecho de latón, que había pasado de padres a hijos a lo largo de más de cien años. No era especial porque estuviera recubierto de oro o de plata, sino porque... —se interrumpió, levantando las cejas espesas, a la espera de que su hija acabara la frase. Era un juego que practicaban con todos los cuentos, pero en especial con ese.

—Porque les permitía hablar con el Tiempo mismo —dijo Lisavet a media voz.

—Así es. —Ezekiel sonrió y le dio un golpecito en la nariz con el dedo—. El Tiempo es el eje sobre el que gira el mundo. Los humanos cuentan sus vidas en meses y semanas, como si al calcular la medida acumulada de su existencia fueran, por alguna razón, a obtener una cantidad mayor de ella. Los accidentes tienen lugar en tres clics de la segunda manecilla. Los corazones se detienen en un instante. Pero hay cosas que tienen lugar en el espacio entre un segundo y otro. Se construyen mundos. Se queman planetas. Se desvanecen almas en el espacio entre un momento y el siguiente, y los recuerdos caen en las profundidades, se pierden en el silencio y las llamas.

Bajó más el tono de voz; pasó a susurrar como las sombras. Lisavet abrió mucho los ojos.

—No siempre fue así. Hace siglos, las cosas que se caían de nuestro mundo y entraban en el silencio pasaban a quedar ocultas. Inaccesibles a la humanidad. No había testigos de ellas. Eran desconocidas. Los más devotos presentían que había algo más, lo buscaban a través de la meditación, lo rozaban en sueños, pero nunca llegaban a comprender lo que perseguían. A medida que el Tiempo se volvía más tangible, más precioso, a las sombras les pasó lo mismo. Con la invención de los relojes de sol apareció la capacidad de contar las horas y, con la llegada de los relojes mecánicos, surgieron los segundos. Aquello que se puede contar se puede dominar, y muy pronto el velo que separaba nuestro mundo de lo que hay al otro lado se volvió más fino. Quienes aprendían el idioma del Tiempo se llamaban a sí mismos «cronautas».

El relojero pronunció esa palabra, «cronautas», con veneración devota. Al otro lado de la ventana, el viento comenzó a soplar.

—Como Ezekiel —dijo Lisavet en el momento preciso—, que era un cronauta.

—Así es. Se trataba de un secreto que la familia había guardado durante décadas. Hasta que, un día, las cosas comenzaron a cambiar.

—Se acercaba una tormenta —le dio pie Lisavet.

Ezekiel frunció el ceño, su tono se volvió más grave.

—Se acercaba una tormenta. El mundo comenzó a oscurecerse, y por él se coló un frío tan intenso que apagó el fuego de

todos los hogares. La gente dejó de acudir a la tienda a comprar relojes. Ezekiel notaba que la oscuridad que acechaba fuera, en las calles, no dejaba de avanzar. Los hombres que habían traído esa tormenta eran despiadados, estaban cargados de odio y de fuego. Algunos se presentaron una tarde de verano en la tienda de Ezekiel y le preguntaron por su secreto. Querían hacerse con ese poder. Exigieron que les diera el reloj que le permitía comunicarse con el Tiempo.

—Pero Ezekiel los engañó —dijo Lisavet, llena de orgullo.

—Sí, eso hizo. Su trabajo consistía en proteger el secreto, así que les dio un reloj falso. Los hombres salieron de la tienda, pero Ezekiel sabía que no tardarían en regresar en cuanto descubrieran el engaño. El Tiempo corría peligro, igual que la familia del cronauta. Así que le escribió una carta a un viejo amigo, otro cronauta que quizá pudiera ayudarlo.

—¿Por qué no se limitaron a marcharse? —preguntó Lisavet, frunciendo un poco el ceño.

Él se mordió el labio, pensativo.

—Porque los hombres que habían traído la tormenta podrían atraparlos. Así que Ezekiel les pidió a sus amigos que ayudaran a su familia a huir de otra manera. Verás, los cronautas conocían un lugar, oculto en los pliegues del Tiempo, en el que podrían desaparecer. Un lugar donde su familia podría esconderse y desde el cual, con la ayuda de otro cronauta, podrían huir a otras tierras muy alejadas de la tormenta.

—¿Y funcionó? ¿Lo ayudaron? —preguntó Lisavet mientras bostezaba, ya adormilada.

Cada vez que le contaba ese cuento, Ezekiel lo remataba con la promesa de contarle el resto de la historia en otro momento. Pero esa noche tenía sobre el escritorio una carta de su amigo de Estados Unidos. Esa noche le dio a Lisavet un beso en la frente y sonrió.

—Sí, le ayudaron. Sus amigos contestaron a su carta con la promesa de ayudarlo. Ezekiel y su familia esperaron el momento adecuado. Hablaron con sus amigos y vecinos más cercanos sobre la oscuridad que se avecinaba, y se llevaron consigo a todas las personas que pudieron. Hubo que convencerlos. No todos creían en ese túnel a través del Tiempo, y a muchos les daba miedo.

También hubo quien se negó a abandonar su hogar por muy fuerte que se volviera el viento. Los que aceptaron irse se pusieron de acuerdo en una fecha: la primera noche de Jánuca, cuando estuviesen todos reunidos con sus familias. —Llegado ese punto, el relojero se detuvo. Lisavet había comenzado a cerrar los ojos. La última parte del cuento llegó en forma de susurro—. Así que, a la luz de la luna llena de diciembre, huyeron a través de las sombras, camino a la libertad.

Nada más decir esas palabras, las dos docenas de relojes de pie que había en la tienda del piso de abajo dieron las once. Ezekiel escuchó los repiques en silencio. Cuando se desvanecieron, un ruido procedente de las profundidades de la noche llegó a sus oídos. Gritos en las calles, seguidos de un estrépito de cristales rotos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Lisavet, abriendo de golpe los ojos.

El relojero se dirigió a la ventana y apartó la cortina. En los adoquines bajo ellos, avanzando por la calle como una tempestad, una turbamulta de rostros enfadados había irrumpido llevada por el viento. El ruido de cristales rotos llamó su atención hacia otra tienda en su misma calle, y observó horrorizado cómo sus vecinos abandonaban a la carrera sus apartamentos, con los niños en camisón y descalzos.

—Papá, ¿qué está pasando? —preguntó su hija, bajándose de la cama.

—Ponte los zapatos, Lisavet —le pidió Ezekiel—. Vuelvo ahora mismo.

Ignoró los gritos con los que ella le pedía que se quedara y bajó corriendo la escalera que llevaba a la tienda. La multitud se acercaba. Oía el martilleo de sus manos contra las puertas. El crujido de los cristales bajo sus pies. Había visto esas imágenes y había oído esos sonidos antes, transportados por el recuerdo de los muertos. Era consciente de lo que pasaría a continuación. Primero llegaban los gritos, las cosas rotas, la rabia. Y a continuación llegaban el fuego, la pelea, los asesinatos.

El último reloj de la tienda dejó escapar un repique final que sonó como un nombre. «Klaus». A Ezekiel se le subió el corazón a la garganta al pensar en su hijo, que estaba en la sinagoga. Se quedó en el último escalón, paralizado por el pánico.

—¿Papá? —Le llegó la voz de Lisavet desde lo alto de la escalera.

—¡Quédate ahí!

Se acercaban. El primero ya estaba frente a la tienda y golpeaba la puerta. Sus miradas se encontraron a través del escarapate; los ojos del otro eran de un gris acerado, fríos como el hielo. Venían a por el reloj. Los golpes se transformaron en patadas; los gritos, en abucheos. Ezekiel corrió en busca de la carta que descansaba en el escritorio. Se la guardó en el bolsillo y vació el cajón inferior, que contenía otras cartas. Misivas que hablaban de los cronautas y de quiénes habían sido cómplices de sus esfuerzos por huir. Las tiró en el cubo del agua de fregar, donde el jabón y la sosa cáustica acelerarían su desintegración. Sin molestarse en cerrar el cajón, agarró el abrigo. Apenas había logrado ponérselo cuando la primera piedra golpeó el escarapate. Lisavet estaba por la mitad de la escalera, pisando los bajos demasiado largos de su camisón, cuando él volvió a por ella.

—¡Papá!

—Sube, Lisavet —le dijo él, y metió la mano en el abrigo en busca del reloj de bolsillo. Notó la vieja sensación familiar del latón, que se volvió pringoso al contacto con la palma de su mano.

Con torpeza, sus dedos manipularon la corona hasta que encajó en su sitio, y abrió la puerta. Allí donde antes estaba su confortable apartamento de dos habitaciones apareció, en cambio, una caverna umbría y silenciosa. Lisavet se aferró a su brazo al verla. Ezekiel sujetó a su hija por los hombros con fuerza y se puso en cuclillas para mirarla a los ojos.

—Escúchame, Lisavet. Voy a buscar a tu hermano, ¿de acuerdo? Quiero que me esperes ahí dentro. Quédate al lado de la puerta, no te muevas de sitio. Te prometo que, en cuanto encuentre a Klaus, vendremos a buscarte. ¿De acuerdo?

—Pero, papá, ¿qué es eso?

Una segunda piedra golpeó la tienda. Y acertó: el cristal se rompió bajo su impacto.

—Es el túnel a través del Tiempo del que te hablé —contestó él, agitado—. El que nos llevará a un lugar muy lejano.

—Pero ¡eso solo era un cuento! —exclamó la niña, sacudiendo la cabeza mientras él la empujaba hacia delante.

Al otro lado de la puerta no se veía nada más que sombras y oscuridad.

—No era solo un cuento, Lisavet. Entra. Yo vengo ahora mismo a buscarte, te lo prometo.

Ella clavó los talones en el suelo y él la levantó en volandas, como cuando era más pequeña, pasándosela por encima del hombro. La depositó al otro lado de la puerta y se detuvo un instante para darle un beso en la cabeza y ponerle su propio abrigo sobre los hombros diminutos. La prenda se derramaba por el suelo, alrededor de los pies de su hija.

—Sé valiente —le dijo con la voz amortiguada por el cabello de ella.

—¿Papá? —dijo ella, y su voz resonó.

Él se llevó un dedo a los labios y, cruzando de nuevo el umbral, la dejó.

Cerró la puerta tras él, y esta no volvió a abrirse nunca más.

LISAVET SE PASÓ horas esperando. La rodeaba una paz mortal, una quietud imposible. Contó los segundos. Al cumplirse cada hora, ansiaba oír la música de los relojes de la tienda en la que se había criado, pero en su lugar no encontraba más que silencio. Un silencio tan amplio que parecía estar vivo, como si fuera un objeto sólido que se pudiera tocar. Las sombras oscurecían su visión e impedían que captara nada a más de quince metros de distancia, pero lo que entreveía le resultaba extrañamente familiar.

Estanterías altísimas a ambos lados, en las que descansaban volúmenes encuadernados en piel de todas las formas y tamaños. Como en una biblioteca. Lisavet dio un paso vacilante al frente mientras sus ojos se acostumbraban poco a poco. «Biblioteca» no acababa de ser la palabra adecuada. En efecto, eran libros cuyos lomos encuadernados estaban ordenados en hileras pulcras y regulares. Entre las filas interminables de estantes aparecían, a intervalos, unos magníficos arcos y columnas romanas, y Lisavet siguió con la vista el camino ascendente de una de

ellas. Allí donde esperaba encontrar un techo, vio, en cambio, un cielo negro como la tinta y repleto de imágenes acuosas, como si Miguel Ángel hubiera pintado la Capilla Sixtina en las mismísimas estrellas, y cada imagen se arremolinara en dirección a la siguiente, igual que las nubes que se lleva el viento.

Deseó ponerse a caminar entre las estanterías, pero las palabras de su padre seguían resonando en su cabeza. «Quédate al lado de la puerta, no te muevas de sitio». Cuando giró sobre sí misma para volverse hacia la puerta, vio que esta había cambiado. Tenía un aspecto borroso, como si fuera un reflejo líquido más que una puerta de verdad. Y ese reflejo comenzó a desvanecerse; la oscuridad consumió los familiares tablones de madera. Lisavet se abalanzó para agarrar el pomo, pero este se evaporó bajo su mano y se llevó consigo cualquier posibilidad de que regresara junto a su padre. Se dejó caer al suelo, donde permaneció acurrucada mientras los sollozos sacudían su cuerpo.

Los susurros se iniciaron en algún punto dentro de la oscuridad. Un tintineo peculiar, ligero, mientras las sombras buscaban el origen de un sonido que no habían escuchado nunca. Lisavet se secó las lágrimas con el dorso de la mano, el corazón disparado. Ella aún no lo sabía, pero se trataba del Tiempo mismo, ese viejo y querido amigo de sus antepasados, que estaba aprendiendo a dirigirse a ella. Y la muchacha, insegura y asustada, le contestó.

—¿Ho-hola? —dijo al volumen más alto que se atrevió a usar.

«Hola», repitieron los susurros, devolviéndole un eco de su propia voz.

Lisavet se puso en pie.

—¿Quién hay ahí? —preguntó.

Los susurros sonaron de nuevo, un poco más cerca.

La respiración de la niña se aceleró y se volvió superficial. Avanzó unos pasos en la dirección de la oscuridad, alejándose del lugar en el que la había dejado su padre.

—Quédate ahí —dijo—. Vendré a buscarte.

«Quédate, quédate, quédate», repitieron los susurros.

Lisavet siguió adentrándose en las sombras y la oscuridad, en busca del Tiempo.

NO VENDRÍA NADIE.

Lisavet llevaba dos semanas atrapada y, durante ese tiempo, había aprendido tres cosas importantes.

La primera era que las leyes de la naturaleza no parecían regir en ese lugar. No tenía hambre. No sentía sed ni la necesidad de ir al baño. Dormir, en el sentido tradicional, no era necesario. Podía hacerlo y, a veces, en efecto, se echaba a dormir para pasar el rato, pero no tardó en prolongar el tiempo que pasaba despierta para ver cuánto podía aguantar.

La segunda, que no había puertas ocultas. Lo confirmó después de varios días de búsqueda. No había salida.

Y la tercera, que el Tiempo no vivía allí, tal y como le había sugerido el cuento de su padre. O, si vivía allí, no iba a ofrecerle su ayuda.

No vendría nadie. Era posible que nadie supiera que estaba allí.

El cielo de aquel lugar de silencio era lo más hermoso que Lisavet hubiera visto nunca. Estaba repleto de remolinos de color que se desplazaban y cambiaban de forma como estrellas acuosas. Debió de pasarse días tumbada en el suelo, entre dos estanterías, mirándolo. Dependía de él, de su inmensidad y su misterio, para recordarse a sí misma que estaba viva. Mientras yacía en el suelo, a veces le parecía ver el rostro de su padre, como si lo hubiera conjurado, en el remolino de colores por encima de su cabeza. Pero, en cuanto concentraba la vista en él, la imagen se desvanecía.

Cuando no estaba escondida entre las estanterías, se dedicaba a subir y bajar por ellas y a cantar con la esperanza de que el sonido regresara hasta la puerta desaparecida y le llegase a su padre, o de que el Tiempo acabara por prestarle atención y acudir a por ella. Un día le dio por gritar mientras subía y bajaba. Cada vez más fuerte, esperando que alguien la oyera. Y acabó siendo así. Aunque, más que alguien, fue algo.

—En nombre del cielo, ¿por qué gritas así? —dijo una voz cortante y enfadada.

Lisavet giró sobre sí misma y vio la silueta mal definida de un hombre salir de los estantes. Su imagen se arrastró por el aire antes de unirse al resto, como cuando la tinta atraviesa el agua,

distorsionada y semitransparente. Llevaba puesta una peluca blanca empolvada, vestía un conjunto de frac de color violeta y hablaba en alemán con un acento extraño.

—E-estoy buscando a mi padre —dijo Lisavet, tartamudeando, demasiado sorprendida por esa súbita aparición para tenerle miedo.

—¿Acaso no ves que no está aquí, niña? Y es una suerte, además. Deberías considerarte afortunada.

—¿Afortunada?

—La mayoría de la gente que hay aquí está muerta. Solo los muertos viven en este lugar dejado de la mano de Dios.

—Pero yo no estoy muerta. Y estoy aquí.

El hombre la miró de arriba abajo para evaluar su afirmación.

—Es cierto. ¿Eres una cronauta?

—¿Una qué?

—Una cronauta —repitió él, impaciente.

—N-no —contestó ella, vacilante.

—Si no eres una cronauta, ¿quién eres?

—Me llamo Lisavet Levy —le dijo.

El hombre no contestó. Estaba concentrado, escuchando un sonido lejano.

—¡Shhh! —Se llevó un dedo a los labios—. ¿Has oído eso?

Lisavet prestó atención. El sonido suave de los susurros llegó a sus oídos.

—¡El Tiempo! —exclamó—. ¡Ha vuelto!

—¿El Tiempo? —El caballero respondió a su insensatez enarcando una ceja—. ¿Ese es el nombre que le das a esa cosa demoníaca? Bueno, supongo que es una explicación tan buena como cualquier otra. El Tiempo es la bestia que nos vuelve mortales a todos, de una manera u otra. Se lo lleva todo, sin prestar atención a tu riqueza o a tu estatus.

El hombre torció el gesto con amargura, y Lisavet tuvo la impresión de que en su día disfrutó de ambos, hasta que el Tiempo se los arrebató.

—Si no vas con cuidado se te llevará también a ti, antes de que estés preparada.

—¿Se me llevará adónde?

Al fin y al cabo, eso era lo que deseaba. Quizá el Tiempo la sacase de ese sitio y se la llevase a Estados Unidos, como en el cuento.

Pero el hombre sacudió la cabeza.

—A ningún sitio que desees ir, créeme.

A Lisavet se le salieron los ojos de las órbitas al ver que la imagen del hombre acababa de diluirse y se quedaba en nada. Los susurros ganaron volumen, gritaron con ecos indefinidos, sisearon como el agua al caer sobre el carbón caliente. Lisavet huyó de ellos, aunque no tenía muy claro de qué quería escapar. Halló refugio en una esquina más oscura que las otras, donde los libros de los estantes estaban cubiertos por una capa más profunda de polvo. No hubo más canciones. Solo silencio.

LISAVET NO TARDÓ en ir de nuevo en busca del fantasma. Esa vez, en lugar de gritar, habló en susurros mientras recorría con lentitud cada hilera de libros.

—¿Hola? —dijo en voz baja, cuidándose de no despertar a los sonidos de antes.

No hubo respuesta. Recordó que el hombre parecía haber salido de los libros que había en los estantes. Mientras pasaba los dedos por uno de los polvorientos lomos de piel, otra voz se dirigió a ella:

—Ten cuidado con eso —le dijo.

Lisavet retiró la mano, alarmada.

—¿Quién ha dicho eso?

—Esta es la sección de la Inglaterra medieval —le dijo la voz—. Eres demasiado joven para eso.

A su izquierda, otra imagen acuosa comenzó a cobrar definición. Los fragmentos de luz y de color fueron uniéndose hasta adoptar la forma de un hombre más joven que el anterior, vestido con una sotana de tela áspera de color gris. Tenía una mano pegada a la barbilla, en actitud reflexiva.

—Si he de serte sincero, será mejor que evites toda la Europa medieval. Aunque hay algunas cosas que podrían estar bien. La realeza, si acaso, o... —De repente la miró—. Quizá preferirías el período romántico, en cambio. ¿Te gusta la poesía?

Lisavet farfulló algo incoherente.

—Supongo que eres demasiado joven para los poemas de amor. Dime, ¿estás empeñada en que sea Inglaterra o aceptarías la posibilidad de que fuera otro lugar? ¿Italia, quizá? Oh, los veranos italianos... El Renacimiento. Te encantaría.

—¿De qué estás hablando?

—De los recuerdos.

—¿Los recuerdos?

—Sí. Los recuerdos de los libros. En general no me importa por dónde comencéis los cronautas, pero... —Se volvió para encararla y, al hacerlo, su imagen líquida se desplazó—. Es que eres tan joven... Detestaría que te encontraras con algo terrible en tu primer intento.

—No soy una cronauta —protestó Lisavet.

—¿Ah, no? Oh. Menuda decepción. Y yo pensando que al fin se habían vuelto progresistas y habían nombrado a una chica. Es una auténtica vergüenza, ¿sabes? Pero supongo que no hay nada que hacer. —Pareció no reparar en la alarma creciente que sentía Lisavet mientras él se lamentaba por su existencia—. Entonces, ¿qué haces aquí?

—Estoy atrapada. Mi padre me ha dejado aquí y ahora no encuentro la salida.

—Entiendo —dijo el hombre, que pareció preocuparse, pero no le ofreció ayuda ni solución alguna.

—Bueno..., ¿existe? —le dio pie la niña.

—Si existe, ¿qué?

—Una salida. Una puerta o un...

—Oh. No. Me temo que no.

Lisavet sintió que su cuerpo entero se desinflaba.

—Entonces, ¿puedes al menos decirme qué es este lugar?

—No es un lugar. Es más bien... un concepto. Estás en el espacio entre el pasado y el presente. Entre todos los lugares y ninguno. Este es el punto donde se acaba el Tiempo. El lugar al que se desplaza la consciencia cuando muere el cuerpo. Existe en el espacio entre el tejido de las cosas tangibles, entre un momento y el siguiente. Aquí, todo lo que ha sucedido en la Tierra permanece en forma de recuerdo.

—Así que tú también eres un recuerdo... —reflexionó Lisavet, frunciendo el ceño.

—Por desgracia, sí.

—¿Estoy... muerta? —No estaba segura de querer obtener una respuesta.

—La gente siempre está tan preocupada por la muerte... Como si fuera el final de todo.

Lisavet se quedó mirándolo, no pudo hacer más.

Él suspiró.

—No, no estás muerta.

—¿Estoy soñando?

—Tampoco estás soñando. Te aseguro que todo esto es muy real.

—Pero acabas de decir que eres un recuerdo. No puedes ser real.

—¿Por qué no? Los recuerdos son las cosas más reales que tenemos, Lisavet.

Ella retrocedió un paso.

—¿Sabes cómo me llamo?

—Sí, claro —contestó el hombre con una ligera sonrisa—. Lo he encontrado en tus recuerdos. Ya sabes, esas cosas que, según tú, no son reales.

Lisavet se mordió el labio, avergonzada.

—¿Y tú cómo te llamas?

—¿Yo? Oh, yo no tengo nombre. Bueno, ya no. Soy un olvidado. —Se estremeció un poco al pronunciar esa palabra.

—¿Un olvidado? —repitió la niña.

Él se sacudió de nuevo.

—Sí. Me olvidó un cronauta que no quería que el mundo me recordara.

—No lo entiendo —dijo Lisavet.

El hombre se volvió de nuevo hacia los libros con una expresión melancólica en el rostro sombrío.

—Estos libros contienen los recuerdos de todas las personas, vivas o muertas. Antes de los cronautas, solían permanecer aquí, en el espacio-tiempo, sin que nadie los custodiase. Nada que ver con lo que es ahora, todo pulcro y ordenado, clasificado en libros.

Lisavet pensó en su padre. En su cuento de antes de dormir. Al reparar en su expresión confundida, el recuerdo del hombre

le ofreció una mano difuminada y fijó una sonrisa bondadosa en el rostro.

—Si quieres, podría mostrarte Italia. Es encantadora de verdad, y conozco el recuerdo perfecto al que llevarte.

EL SONIDO ESTALLÓ en el instante en el que se posaron en el recuerdo. Les llegó procedente de todas partes. La tierra, los edificios, las calles, el cielo mismo. Después de tanto silencio, esa cacofonía repentina fue algo más que una inundación; fue un huracán que envolvió cada centímetro del cuerpo de Lisavet. El sol brillaba cálido sobre su cara y una brisa le levantó el pelo. ¡Calidez! ¡Movimiento! Estaban parados junto a un parapeto, observando el festival que se desarrollaba bajo sus pies. La gente se reía y cantaba. Esa visión hizo que Lisavet estuviera a punto de echarse a llorar. Le pareció casi real. Casi.

—¿Cómo aprendiste a hacer esto? —preguntó la niña.

A su lado, el recuerdo del hombre sonrió a la espera de su reacción.

—Fui cronauta —contestó.

—¿En serio?

—El primero. Antes de que los romanos conquistaran a mi pueblo, yo ya había encontrado el espacio-tiempo a través de los relojes de sol y la meditación. Fue a mí a quien le robaron esos secretos.

La invitó a bajar del parapeto mientras le señalaba a una niña, la dueña del recuerdo en el que comenzaban a adentrarse. Parecía tener la misma edad que Lisavet, estaba sentada por encima de la multitud y lucía un vestido de seda fina.

—Es una de las hijas de los Médici —le contó el hombre—. Es muy rica e importante.

Lisavet no sabía mucho sobre los Médici y su supuesta riqueza. A ella le pareció que la chica se aburría, como si deseara sumarse al festival pero no pudiera. Al avanzar entre la multitud, Lisavet comenzó a comprender sus sentimientos. Ella también estaba allí, solo que en realidad no era así. Tenía ganas de saborear las exquisiteces que vendían en los carritos. Tenía ganas de jugar con los otros niños que corrían a toda velocidad entre

la gente. Todo lo que tocaba traspasaba sus manos. Las miradas la ignoraban, pues donde se encontraba no veían más que un espacio vacío.

Lisavet dirigió su atención a la única persona con la que podía hablar.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Si quieres...

—Si eres un... olvidado —lo dijo con toda la delicadeza posible, pero él se estremeció de todos modos—, ¿cómo es posible que aún te vea?

—Oh, no me eliminaron por completo. De haberlo hecho habrían borrado su propio conocimiento del espacio-tiempo. Así que lo poco que queda de mi recuerdo ha permanecido de esta manera. En el espacio-tiempo.

—Me parece un poco confuso.

—Es que es confuso, ¿verdad? —Frunció el ceño, con la misma expresión de perplejidad que ella—. Aun así, me alegro porque me permite ayudar a otros cronautas cuando me necesitan. Si tienen dificultades, puedo enseñarles la manera en la que funcionan las cosas.

—Si no tienes nombre, ¿cómo debería llamarte?

El recuerdo se encogió de hombros.

—Como tú quieras, supongo.

Lisavet lo examinó. Nunca le había puesto nombre a nada al margen de sus muñecas, pero eso era diferente. Se trataba de una persona. O al menos lo había sido. No podía señalar bien de dónde procedía. Su piel no era ni muy blanca ni demasiado oscura, sino de un color cálido y oliváceo. Quizá fuera italiano. Eso explicaría su amor por ese país. Llevaba la cabeza afeitada. La sotana que vestía tampoco le ofreció ninguna pista. Era vieja y sencilla, como algo que se pondría un monje. Pero, puesto que nunca había conocido a ningún monje, no podía estar segura.

—Azrael —dijo, al cabo de un instante.

Al hombre pareció hacerle gracia.

—¿Azrael? ¿El ángel judeocristiano de la muerte? Un poquito evidente, ¿no te parece?

Lisavet se sonrojó.

—O podemos elegir otro.

—No, no, Azrael me parece bien. —Repitió el nombre en voz alta algunas veces, como si estuviera probándoselo—. Creo que me sienta bastante bien.

Se quedaron un rato más escuchando la música, hasta que los límites del mundo comenzaron a desvanecerse, arrugándose y ondulándose como el agua. Lisavet levantó la vista hacia Azrael, alarmada. Él sacudió la cabeza.

—No te preocupes. El recuerdo está llegando a su fin. —Señaló el parapeto, donde la nana se llevaba a la niña—. Por el momento, volvamos al espacio-tiempo. —Le ofreció la mano.

—Yo no quiero volver a ese sitio.

Azrael frunció un poco el ceño.

—No tienes que permanecer allí mucho rato. Ahora que sabes caminar por el Tiempo, puedes ir donde quieras. Pero... —La dejó la cabeza y la miró con los ojos entornados—. Ten cuidado. No has conocido toda la maldad que hay en el mundo.

Lisavet le prometió que tendría cuidado mientras se le disparaba la mente al imaginar las posibilidades. Pensó en toda la historia que había aprendido en la escuela. El antiguo Egipto. Alemania antes de convertirse en Alemania. La Gran Guerra de la que su padre le había hablado tan a menudo. Podía tocarlo todo con la yema de los dedos. Le dio la mano a Azrael y los dos abandonaron el recuerdo. A su regreso, el silencio la golpeó como una pared. El sol había desaparecido. La brisa, la música y los olores ya no estaban allí. Habían vuelto a la oscuridad inmóvil. Lisavet se sorprendió al experimentar una pequeña sensación de alivio ante la ausencia de tantos estímulos.

—¿Crees que podrías enseñarme tu libro ahora? —le preguntó, señalando los estantes.

Azrael hizo un pequeño gesto de dolor.

—Si pudiera, lo haría. No obstante, yo mismo no tengo libro. Los espectros con los que te encuentres en el espacio-tiempo no han sido «recogidos», por así decirlo, por un cronauta. Eso quiere decir que no disponemos de un libro de recuerdos que nos confine.

—Oh. No me había dado cuenta de que...

Azrael levantó la mano y se llevó un dedo a los labios. Tenía la vista fija en algo al final de la hilera de libros. La niña siguió su mirada y vio que un hombre pasaba entre las estanterías. Su

sombra no se arrastraba como la de Azrael. Se trataba de una persona de verdad, no de un recuerdo.

—Un cronauta —murmuró Azrael.

Lisavet abrió mucho los ojos. ¿Era un cronauta? ¡Quizá podría ayudarla a marcharse de allí! Pero Azrael sacudió la cabeza.

—Dudo que este quiera ayudarte.

—¿Por qué no?

Azrael chistó de nuevo y le hizo una señal para que lo acompañara. Siguió al cronauta desde lejos hasta que lo vieron meterse en una fila de libros.

—Esa es la sección de Alemania —le dijo Azrael en voz baja—. Bastante cerca de la actualidad.

Lisavet captó el cambio en su tono de voz. ¿Alemania? ¿Su Alemania? Ignorando la advertencia, pasó a su lado y echó a correr hacia la hilera en la que había desaparecido el hombre. No se detuvo hasta alcanzar el borde de la estantería. Se asomó al otro lado, respirando con dificultad. El hombre estaba parado en la mitad del pasillo. Había sacado un libro del estante y, sin abrirlo, recorría la cubierta. Llevaba el pelo muy corto, al estilo militar, y, cuando se volvió con el libro en la mano, Lisavet pudo ver mejor la ropa que vestía. De lado, el uniforme negro era indistinguible, pero de frente pudo ver con claridad los numerosos broches e insignias plateadas. El brazalete de color rojo brillante que rodeaba su bíceps. Un nazi.

Observó horrorizada cómo el soldado abrió el libro y sacaba un paquete de cerillas del bolsillo. Acercó la llama a una de las páginas y la mantuvo allí hasta que prendió. Cuando las llamas comenzaron a crecer, lo dejó caer al suelo: la tapa hacia arriba, el lomo doblado.

—Los cronautas destruyen los recuerdos que no quieren que el mundo conserve.

Lisavet dio un salto. Azrael había llegado a su lado y observaba la escena por encima de su hombro con expresión grave.

—Pero ¿por qué? —preguntó ella.

Azrael se encogió de hombros.

—Para ratificar su ideología. El pasado es nuestro espejo. Nos dice lo que fuimos y en qué nos hemos convertido. Hay gente a la que no le gusta lo que ve en su reflejo, así que lo altera

borrando recuerdos de la faz de la tierra. Borrando la existencia de la gente.

—¿Borrando a la gente? —repitió Lisavet, y el horror la llevó a usar un tono más agudo.

El soldado levantó la cabeza de golpe.

—*Wer ist da?* —preguntó, llevándose la mano al cinturón.

Lisavet se escondió al otro lado de la esquina, el corazón disparado. Azrael se quedó donde estaba. El soldado le gritó, enfadado, le maldijo por haberle asustado y entonces se sacó algo del bolsillo. Lisavet entornó los ojos para verlo mejor. La luz de las llamas se reflejó en el cristal de un reloj de bolsillo, y ella captó ese centelleo inconfundible y familiar. La caja de bronce estaba gastada por el tiempo, su pátina le indicó las muchas manos que lo habían sujetado antes. De padres a hijos, hasta un hijo que en ese momento era soldado. Reconocerlo hizo que el frío se adueñara de su cuerpo.

El soldado manipuló el reloj hasta que una puerta se abrió a dos metros de él. Entró en ella y dirigió una última mirada a la montañita de papel quemado que había en el suelo. En cuanto la puerta se cerró a su espalda, Lisavet salió corriendo. Se dejó caer de rodillas junto al libro e introdujo las dos manos en las llamas para arrebatárles lo que quedaba del volumen encuadernado en piel. La tapa tenía los bordes quemados. La mayoría de las páginas estaban chamuscadas y se convirtieron en ceniza bajo sus pies cuando intentó apagarlas a pisotones. Pero unas pocas, las más cercanas al inicio, estaban intactas. Y le hablaron entre susurros cuando las limpió de hollín con movimientos cuidadosos, los dedos doloridos por el fuego. Le contaron su historia con voz grave y crepitante. Era la historia de su padre. Era la voz de su padre.

Inspiró con jadeos entrecortados y notó el escozor de las lágrimas en los ojos. Se había olvidado de la presencia de Azrael hasta que este le habló.

—El reloj... —le dijo en voz baja.

Lisavet lloró con más fuerza. No quería pensar en lo que significaba aquello, pero era consciente de que solo existía una razón por la que su padre le habría entregado su reloj de bolsillo a un soldado nazi. Azrael no dijo nada, pero se quedó a su lado mientras ella acunaba los restos de los recuerdos de su padre.

No vendría nadie.